



Editorial 3

Las guerras las pierden siempre los niños, las mujeres y los jóvenes. Es indudable que, en nuestro caso, son los mayores damnificados; pero el daño se ha extendido a la sociedad civil y a los procesos de comunicación de los ciudadanos entre sí.

El sonido de las bombas no es en ningún modo sublime y los enfrentamientos carecen de gloria; estamos a la espera de quien escriba el himno de la juventud condenada.

Nos resulta imposible compartir el sufrimiento; parece que ninguna herida es nuestra. Comentamos los episodios de la guerra como comentando un partido de fútbol. El terror se vive como un acontecimiento casi que exclusivamente televisivo y radial.

Los medellinenses nos hemos acostumbrado a perder, frente a determinados acontecimientos, los ojos, los oídos; hemos aprendido a jugar al "invisible" como única posibilidad de supervivencia, a semejanza del pueblo judío, que aprendió a disolverse entre la multitud a través de las múltiples persecuciones a las que se ha visto abocado. Ese ser "invisible" tiene muchos

matices: el temprano encierro en esa cajita llamada televisión, la pizza a domicilio, el video a domicilio, etc.

No sólo del don de la "invisibilidad" viven los ciudadanos. En los barrios populares, sus habitantes han aprendido a leer la muerte que cabalga en las estrellas, en las líneas cuidadosamente trazadas en la frente de un extraño y en los susurros que sigilosamente se deslizan de labio a oído, descifrando con antelación las intenciones ocultas de los ángeles de la muerte. Esto no lo saben ni el presidente Bush ni el ex presidente Barco.

La muerte en Medellín no es sólo un asunto de electrónica.

Pululan las propuestas de redención y se ha vuelto una moda hablar del asunto; por ahora pongámonos de acuerdo en que todos los habitantes del Valle del Aburra pertenecen a la especie humana.

Jesús Alberto Echeverri